



¿Será que esta vez sí? Negociaciones con el ELN

Max Yuri Gil Ramírez

Profesor del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia,
max.gil@udea.edu.co

Inicios y trayectoria

Aquí siempre habíamos vivido como al margen del país, la presencia del Estado era algo esporádico, si mucho de vez en cuando, una visita de los del censo, o de vacunación, y a veces también, pasaba el Ejército o la Policía, pero nosotros en general nos las arreglábamos para vivir juntos en la vereda, como que nos autorregulábamos, aunque eso tenía sus inconvenientes porque a veces aparecían personas que venían a robar o a aprovecharse de los más bobos.¹

La guerrilla del Ejército de Liberación Nacional —ELN— surge en Colombia a mediados de la década de los sesenta del siglo pasado, en medio de un ambiente internacional marcado por la Guerra Fría, los ecos de los movimientos de independencia en África y Asia, el auge de la lucha por la liberación nacional y contra la hegemonía de los Estados Unidos en América Latina, cuyo símbolo fundamental va a ser el triunfo de la Revolución Cubana el 26 de julio de 1959 y su resistencia a los intentos de invasión y desestabilización emprendidos desde Estados Unidos. El continente americano va a estar marcado por el auge de guerrillas con diversas identidades ideológicas y políticas, y en Colombia esto se ve reflejado por las tres guerrillas revolucionarias de primera generación: las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia —FARC— de tendencia comunista con la línea de la Unión Soviética; el Partido Comunista de Colombia Marxista Leninista PCC—ML y su brazo armado, el Ejército Popular de Liberación —EPL— de corte maoísta; y el ELN, con una ideología que combina el marxismo leninismo con el

aporte del pensamiento de Ernesto, el Che Guevara, y la teología de la liberación.

Luego del inicio de acciones armadas con la toma del municipio de Simacota en Santander el 7 de enero de 1965, esta guerrilla sufre un duro revés en 1973, cuando en medio de la operación militar Anorí, llamada así por haberse desarrollado en ese municipio del Nordeste antioqueño entre agosto y octubre de ese año, caen en medio de los combates con el Ejército la mayoría de los 80 integrantes de la columna central de esa organización insurgente, que aglutinaba a cerca del 30% de la fuerza militar, entre ellos dos de sus principales dirigentes, los hermanos Manuel y Antonio Vásquez Castaño.

Luego de la derrota de Anorí y de un cruento debate interno sobre las responsabilidades por la derrota, que costó la vida de varios de sus integrantes ajusticiados por la misma organización, el ELN estuvo casi una década dedicado a un arduo proceso de reconstrucción interna, liderado por el sacerdote español Manuel Pérez, quien va a ser su máximo comandante hasta su muerte en 1998. En este periodo el ELN logra recomponer su trabajo político y militar en buena parte del país, primero hace parte de la Coordinadora Nacional Guerrillera creada en 1985 y posteriormente, en 1987, de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar.

En la década de los 80 varias organizaciones insurgentes abrieron un debate sobre la necesidad de replantear el

trabajo guerrillero principalmente rural, ante el crecimiento de la población urbana y la lucha de sectores sociales concentrados en las ciudades, a lo cual se sumó que las FARC comenzaron diálogos exploratorios junto al EPL y el M19 con el gobierno de Betancur en 1984, e incluso se crearon partidos y movimientos políticos como la Unión Patriótica y el Frente Popular y se fue transformando un poco la aspiración a la toma del poder por la vía revolucionaria por demandas de apertura democrática y reformas estructurales. El ELN, a pesar de buscar incidir en algunas plataformas políticas y organizaciones sociales para ampliar su incidencia pública, se mostró contrario a participar en cualquier proceso de negociaciones y esto provocó conflictos agudos y choques con las organizaciones insurgentes que estaban en la línea del diálogo y la búsqueda de una salida negociada, pero al tiempo, esta actitud del ELN le permitió crecer política y militarmente al capitalizar el descontento de militantes revolucionarios contrarios a los diálogos de paz.

Empezando a negociar

Cuando llegaron los muchachos a quedarse por aquí, a nosotros al principio siempre nos dio como mucho miedo ver toda esa gente armada, pero con el tiempo nos fuimos acostumbrando, ellos eran muy respetuosos y poco a poco fueron convirtiéndose como en la ley de por aquí, ellos resolvían las peleas y fueron como reglamentando la vida de la gente por acá. Si uno tenía un problema con un vecino, un forastero o un familiar, ellos eran los que lo resolvían, si había muchachos que se estaban extraviando del camino, que estaban como empezando a robar o metiéndose con la droga, ellos los advertían y solo en los casos en que no hacían caso los hacían ir o si estaban muy alborotados, entonces se los llevaban y uno no volvía a saber de ellos, pero uno sí sabía que los habían matado, pero en general con ellos vivíamos bien, tranquilos.

Todo eso sí se dañó cuando comenzaron las operaciones militares y comenzaron a entrar soldados y policías junto con los paracos. Nos decían que todos nosotros éramos guerrilleros y que por eso o nos íbamos o nos mataban, nos quemaban los cultivos, nos robaban las cosas de las casas, comenzaron a llevarse a los muchachos y después aparecían muertos dizque en combate o se quedaban desaparecidos, nos controlaban los mercados e incluso, los paracos pusieron un retén que estuvo años en la salida del pueblo y ahí nos maltrataban, nos robaban mercado y medicinas que porque eso era pa los guerrilleros y lo peor, todo a ojos vistos de la ley que miraban pa otro lado. Y a los muchachos también les entró como la desconfianza y comenzaron a decir que nadie forastero podía entrar y a muchas personas las mataron que porque no los conocían, aunque fueran gente que

no tenían nada que ver y también mataron e hicieron ir familias que porque le daban información a los paracos, esto sí se puso muy maluco por aquí.

En 1993, el ELN junto a las FARC y una disidencia del EPL sostuvieron algunas conversaciones con el gobierno de César Gaviria, luego de la desmovilización de la mayoría de las guerrillas colombianas entre 1990 y 1991, en los procesos de negociación en que terminaron su levantamiento armado el M19, el Partido Revolucionario de los Trabajadores, el Movimiento Quintín Lame, los comandos de Autodefensa Obrera y la mayoría del EPL. No obstante, estos diálogos no lograron avanzar, y posteriormente, en 1997, sostuvieron algunos contactos con el Gobierno Samper y con sectores de la sociedad civil, especialmente con el fin de concertar algunas medidas de carácter humanitario. Va a ser en este periodo que el ELN va a comenzar a impulsar su propuesta de una gran convención nacional de la sociedad civil, representativa de los sectores subalternos del país, que en diálogo con diversos sectores de la sociedad construya una agenda de transformación estructural que concrete cambios sustanciales y que permita poner fin al levantamiento armado del ELN a cambio de reformas sustantivas para la mayoría de la población colombiana.

Esta demanda de un gran proceso de diálogo nacional cuasiconstituyente ha estado en el centro de la demanda de esta organización insurgente y así lo expresó en las rondas de diálogos sostenidas con el gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002), con quien llegaron a diseñar el establecimiento en el sur de Bolívar de una zona de distensión similar a la que se realizó en ese gobierno con las FARC, iniciativa que se frustró por la arremetida militar conjunta de la fuerza pública con los grupos paramilitares y, así mismo, por la movilización de sectores de población de esa zona opuestos al establecimiento de un territorio desmilitarizado para las negociaciones con esta guerrilla.

Luego hubo varias rondas de contactos con el gobierno de Álvaro Uribe (2002-2010) en La Habana, Cuba, las cuales nunca lograron concretar mayores avances. Ya en el gobierno de Juan Manuel Santos (2010-2018), a pesar de que se buscó concretar la idea de que el proceso de paz era uno solo (por medio de dos mesas, una con las Farc y otra con el ELN), y de que se logró definir la agenda e instalar la mesa en Quito, Ecuador, no hubo avances significativos, fundamentalmente porque el gobierno nacional le

¹ Relato ficción, autoría propia.

Juan Manuel Echavarria y Fernando Grisalez,
serie De qué sirve una taza, 2014-2023



Juan Manuel Echavarria y Fernando Grisalez,
serie De qué sirve una taza, 2014-2023

dio poca importancia al proceso, toda su atención estaba en la mesa con las FARC, y el ELN también se resistió al trato de organización menor a la que se menospreció. Finalmente, ya en el gobierno de Iván Duque (2018-2022) estaba claro que no existía la menor voluntad de hacer un proceso de negociaciones y que su lema era “hacer trizas la paz”, incumpliendo el acuerdo firmado con las FARC en 2016 y bloqueando cualquier avance en la ya muy precaria mesa de negociaciones con el ELN. El hecho que provocó la ruptura absoluta de cualquier acercamiento fue la detonación por el ELN de un carro bomba en la Escuela de Cadetes de Policía General Santander en Bogotá, el 17 de enero de 2019, que provocó la muerte de 23 personas y dejó más de cien heridas.

En esta larga historia de levantamiento armado, el ELN ha construido dos procesos que identifican su accionar y son claves para entender el momento actual y las perspectivas. Lo primero, es que, aunque es una característica compartida con otras organizaciones que han hecho parte del conflicto armado colombiano, el ELN tiene una estructura de actuación que se basa en un alto nivel de descentralización operativa y que reconoce la autonomía de las estructuras político-militares donde sobresalen dos grandes unidades: el Bloque de Guerra Oriental Comandante Manuel Vásquez Castaño, con una fuerza considerable en Norte de Santander, Arauca y la frontera con Venezuela y el Frente de Guerra Occidental Omar Gómez, ubicado en el Pacífico y suroccidente del país. Esto que algunos analistas han llamado un “federalismo insurgente” constituye una de las marcas identitarias de esta guerrilla.

Lo segundo, su adaptación a reconocer que es altamente improbable la toma del poder en una gran revolución nacional, por lo cual han optado por la construcción de una organización pequeña, con una reducida base de combatientes profesionales que no pasa de cinco mil, pero con una amplia red de milicias de apoyo y especialmente con una decisión operativa de concentrar su acción política y militar en la construcción de lo que denominan el “poder popular”, zonas de control insurgente en las que ejercen un gobierno cotidiano de facto, pero sin que ello implique la destrucción de la presencia estatal, optando mejor por una gestión territorial que en algunos casos incluso se concreta en una coadministración del territorio, la presencia estatal y la inversión pública.

¿Y ahora qué?

Luego de toda esa matazón, al fin no pudieron sacar definitivamente a los muchachos, ellos iban y venían, pero en los últimos años esto sí se ha puesto muy malo otra vez, cuando no es el Ejército son los paracos, que ya ni siquiera son un solo grupo sino que son varios, y ya están también las tales disidencias y esto es un enredo porque son un mundo de grupos cada uno pidiendo obediencia y uno pues qué hace, si uno está desarmado, uno cómo le va a decir a unos tipos armados que no, a uno le toca obedecerle al que llegue. Sea ley, sean paras o sean guerrilleros.

Uno siempre tiene la esperanza que esto se acabe algún día, que haya la tal paz, que sí sirva tanto diálogo para mejorar la vida de uno, porque todos hablan que están para ayudarle al campesino, pero eso es como pura carreta. En estos días ha empezado lo del cese al fuego, sí se siente una cierta mejoría de la cosa, pero uno siempre tiene miedo que en cualquier momento eso se daña y otra vez quedamos en medio, pero pues que más nos queda, sino esperar que esta vez la paz sí llegue y nosotros al fin podamos vivir tranquilos.

En el actual gobierno de Gustavo Petro (2022-2026) es cuando más lejos se ha llegado en esta larga historia de guerra e intentos de paz entre un Gobierno Nacional y la guerrilla del ELN. Luego de cuatro rondas de negociaciones se ha logrado definir una agenda detallada de los temas de negociación, así mismo se ha definido y comenzado a implementar un proceso diverso y de gran amplitud sectorial y territorial, liderado por las delegaciones del gobierno y el ELN en diálogo con el Comité Nacional de Participación, un organismo creado, del cual hacen parte más de 50 sectores, que tiene como tarea diseñar e implementar el proceso de participación que permitirá establecer las principales reformas que se requieren para transformar en perspectiva democrática la sociedad colombiana y las vías para su concreción. Finalmente, desde el 3 de agosto de este año (2023), se ha establecido un cese al fuego nacional, bilateral y temporal, establecido en principio para 180 días, pero que se aspira que se mantenga y fortalezca en el tiempo, y que es fundamental para aliviar la situación de miles de personas que viven en zonas donde esta organización hace presencia, que cuenta con un sólido mecanismo de verificación del cual hacen parte la ONU, la Iglesia católica y algunas organizaciones sociales, y lo que es más importante, confiere un alto nivel de legitimidad a las negociaciones.

Aunque es difícil definir *a priori* cuando un proceso de paz se hace irreversible y se convierte

en el principal escenario para las partes de una confrontación, hay algunas señales esperanzadoras como el acatamiento del cese al fuego, en general en estos dos primeros meses, aun en medio de la complejidad de cumplirlo, cuando hay otras agrupaciones violentas que no han suspendido acciones militares y que buscan aprovechar la situación para expandir sus acciones a territorios de presencia del ELN. Y por supuesto, el peso que puede tener lo que defina el proceso de participación, ya que, si se hace de manera medianamente satisfactoria, puede convertirse en un imperativo vinculante tanto para el gobierno como para el ELN.

Pero claro, siendo realistas, también hay serias incertidumbres sobre las posibilidades de que esta vez el proceso de negociaciones pueda culminar con éxito. En esto incide la necesaria consideración sobre la unidad de mando en el ELN y si en la negociación están representados frentes que son muy influyentes y que han expresado reticencias en torno al proceso. Si bien es cierto que se ha acatado el cese al fuego, hay expresiones públicas que hacen temer sobre si una firma de un acuerdo con el ELN significa el fin del levantamiento armado por parte de esta agrupación. A esto se suma el control por parte de unidades del ELN de zonas con altas rentas provenientes de diversas actividades económicas, legales e ilegales, que hoy en día están dirigidas a financiar la guerra, pero que en un escenario de posacuerdo pueden significar el surgimiento de disidencias dedicadas al control de estos recursos no necesariamente ya como organizaciones insurgentes. El caso de la degradación de las llamadas disidencias de las FARC es un ejemplo preocupante de lo que puede pasar.

Pero por el lado del gobierno también hay nubarrones muy importantes a considerar, primero porque es evidente que este gobierno no representa al poder político y económico del país y esto compromete el poder garantizar el cumplimiento de las reformas pactadas, máxime porque hay una larga tradición de incumplimiento de los acuerdos de paz firmados en el pasado. También genera incertidumbre qué pasaría en el caso de que haya un gobierno de derecha después del actual gobierno y teniendo en cuenta lo que pasó con Duque, la inquietud es no solo validada sino altamente justificada.

Tal vez la pregunta de fondo para hacernos como sociedad tiene que ver con cuáles son las reformas mínimas que son necesarias para que se cierre de manera definitiva la confrontación entre el Estado colombiano y la insurgencia del ELN, qué está dispuesto el establecimiento a ceder y qué es lo mínimamente aceptable por el ELN para dejar las armas, eso sí, teniendo en cuenta que más de 60 años de guerra ha dejado una larga estela de muerte y destrucción y que el mantenimiento de la confrontación no hará más que producir los mismos resultados. Los habitantes de Colombia necesitamos y nos merecemos vivir mejor, en paz, poder destinar todos los recursos económicos, humanos, vitales, creativos a reconstruir una sociedad devastada humana, política y éticamente por la guerra. Es posible, debemos hacerlo posible. ■